

Intertextualidad e isotopía: enfoques convergentes y complementarios

Eva Grosser Lerner*

La perspectiva adoptada en este artículo —que representa un avance del proyecto de investigación sobre semiótica narrativa a mi cargo— procura dejar de lado el enfoque inmanentista que ha caracterizado a una cierta tradición del estructuralismo, según el cual “fuera del texto no hay salvación” (Floch, 1993; Greimas, 1996).¹ Lo anterior se debe, como afirmara el propio Greimas: “Au lieu d'exclure toute référence au contexte, la description des mythes est amenée à utiliser les informations extra-textuelles sans lesquelles l'établissement de l'isotopie narrative serait impossible” (Greimas, 1983), y a que sin un mínimo de conocimientos etnográficos el análisis de un mito, por brillante que sea, sigue siendo un ejercicio gratuito (Rastier, 2005: 328).

Entre un relato chocholteco, llamado *El sapo y la culebra*, y un texto del Códice Vindobonnensis (mixteco), desde una óptica contrastiva es posible observar la recurrencia o recursividad de ciertos rasgos, si bien la historia de los textos —desde su remoto y paradójico origen— es también la historia de la paulatina complejidad y perfeccionamiento tanto de su estructura como de su comprensión, del aumento de su carácter enigmático, ambiguo, no-monosignificante, y con aspectos cada vez más abiertos a variadas interpretaciones. En una primera lectura se advierte de inmediato que existe un vínculo entre ambos textos (véase cuadro), lo que constituye una invitación a intentar la búsqueda de afinidades, diferencias y contrastes.

Aunque refiriéndose al papel del autor como un factor extralingüístico, Rastier (*ibidem*: 321) señala que “el hecho

de que dos secuencias de un texto hayan sido producidas por autores diferentes no confiere a cada una de ellas una esencia particular que le impediría contraer relaciones semánticas con la otra secuencia”.

Como ya he señalado en trabajos anteriores (Grosser Lerner, 2007), el relato chocholteco de carácter mitológico es ahistórico —en la medida que se nos presenta como tal, pues sabemos que nada puede ser considerado ahistórico en sentido estricto—, así como es mitológico el texto reproducido en el códice mixteco. Nos hallamos ante ejemplos de acronía o silepsis temporal, para usar el término acuñado por Genette (1972), es decir ante una falta de indicación temporal o cronológica del acontecimiento según el relato y del relato mismo, debido a que no es posible establecer con precisión las condiciones y el proceso en que dichos textos fueron creados y/o, en su caso, sucesivamente modificados.

Intertextualidad

En su definición más amplia, la intertextualidad resulta ser un rasgo inherente a todo discurso y ya no sólo, exclusiva y/o excepcionalmente, un vínculo entre dos o más discursos. En un artículo reciente, si bien referido de modo específico a los encajes temporales, Filinich (2008) menciona que con frecuencia “se ha señalado que el discurso, cualquiera sea su naturaleza, verbal o no verbal, se entreteje con otros discursos: mediante alusión, directa o indirecta, la parodia, la ironía, la cita, la reformulación, el comentario, y tantas formas diversas de convocar otras enunciaciones”. Una de esas “otras formas”, no mencionadas hasta aquí específicamente, sería la posibilidad de extender dicho modelo o para-

* Dirección de Lingüística-INAH. evaedu_2002@yahoo.com.mx

¹ El propio ensayo de Greimas termina con esa clara sentencia: “Fuera del texto no hay salvación. Únicamente el texto, nada más que el texto, y nada fuera del texto”, que es una alusión a *Hechos de los apóstoles*.

digma hacia ámbitos no convencionales. Filinich hace referencia a Julia Kristeva, quien al referirse a la obra de Bajtín en un artículo publicado por la revista *Critique* hacia los años 60, dice que "todo texto se construye como mosaico de citas, siendo éste absorción y transformación de otro texto. En el lugar de la noción de intersubjetividad se instala la de intertextualidad", y señala además que Bajtín es el primero en incorporar tal noción a la teoría literaria (Kristeva, 1997).

Barthes (1970) aclara que la intertextualidad no tiene relación con la antigua noción de fuente o influencia, puesto que todo texto ya es un intertexto; en niveles variables, otros textos se encuentran insertos en el texto bajo formas más o menos reconocibles, es decir, los textos pertenecientes a la cultura del texto previo y aquellos de la cultura del entorno.

De Beaugrande y Dressler (1981) sostienen que la intertextualidad es uno de los requisitos que debe cumplir un texto para ser considerado tal; semejante condición determina la manera en que el uso de un cierto texto depende del conocimiento de otros textos. Según estos autores, el término intertextualidad se refiere a la relación de dependencia que se establece entre, por un lado, los procesos de producción y recepción de un texto determinado y, por otro, el conocimiento que tengan los participantes en la interacción comunicativa de otros textos anteriores relacionados con él. Este conocimiento intertextual se activa mediante un proceso que puede describirse en términos de mediación —teniendo en cuenta la intervención de la subjetividad del comunicador quien suele introducir sus propias creencias y sus propias metas en el modelo mental que construye de la situación comunicativa en curso—; cuanto más tiempo se emplee y más actividades de procesamiento se realicen para relacionar entre sí el texto actual y los textos previos, más elevado será el grado de mediación.

Por su parte, Genette (1982) se refiere a *transtextualidad* o *trascendencia textual* del texto, como todo lo que lo opone en relación manifiesta o secreta con otros textos. Este autor establece cinco tipos de relaciones transtextuales:

1. La *intertextualidad*, definida como una relación de copresencia entre dos o más textos o la presencia de un texto en otro. La forma más explícita y literal de intertextuali-



dad es la citación y la menos explícita es el plagio, el uso no especificado o también la alusión.

2. El *paratexto*, ordenamiento del texto o el borrador del mismo (pre-texto).

3. La *metatextualidad*, comentario que une un texto con otro sin necesariamente citarlo, en una relación más bien crítica.

4. La *hipertextualidad*, relación de un texto con un texto anterior o hipotexto.

5. La *architextualidad*, relación absolutamente muda que articula cuando mucho una mención paratextual. Constituye un conjunto de categorías generales o trascendentales.

En otro plano, Lemke (1985) identifica dos tipos de relaciones intertextuales. La primera establece relaciones entre elementos de un texto dado y la segunda entre distintos textos.

Para Bajtín (1986) todo enunciado, hablado o escrito, desde los más breves turnos en una conversación hasta un trabajo científico o una novela, está demarcado por un cambio en el hablante o en el escritor y está orientado retrospectivamente hacia los enunciados de hablantes previos y prospectivamente a enunciados anticipados de hablantes futuros. Tanto los enunciados como los textos son inherentemente intertextuales puesto que están constituidos por elementos de otros textos. Bajtín distingue lo que Kristeva llama *dimensiones horizontales* y *verticales* de la intertextualidad —o relaciones en el espacio intertextual—. Las relaciones intertextuales horizontales son de tipo dialógico entre un texto y aquellos que lo preceden o lo siguen en la cadena de textos. También existen relaciones intertextuales verticales entre un texto y otros textos que constituyen sus contextos más o menos inmediatos o distantes: los textos están históricamente ligados en distintos niveles cronológicos, incluyendo textos que son más o menos contemporáneos.

Al analizar un cuento de Edgar Allan Poe (*La verdad en el caso del señor Valdemar*), Barthes (1989) se refiere a lo intertextual como lo que hace al texto; en otras palabras, lo que funda al texto no es un significado cerrado, interno, que se puede explicar, sino la *apertura* del texto a otros textos, otros códigos, otros signos —de aquí que este autor sostenga que deberíamos hablar de *partidas* de significado, no de llegadas—. Barthes sostiene que estamos comenzando a vislumbrar, por medio de otras



ciencias, que la investigación poco a poco debe acostumbrarse a la conjunción de dos ideas que por largo tiempo se han considerado contradictorias: la idea de la estructura y la idea de la infinitud de combinaciones; la conciliación de estos dos postulados se nos impone, dice, porque el lenguaje es al mismo tiempo estructurado e infinito.

Hatim y Mason (1990) entienden la intertextualidad como la manera por la cual relacionamos unas instancias textuales con otras y las reconocemos como signos que evocan áreas completas de nuestra experiencia textual previa. Además, consideran que los textos se reconocen en términos de su interdependencia con otros textos pertinentes, y que la intertextualidad proporciona una base de evaluación ideal para nociones semióticas básicas. Al analizar un texto estos autores establecen una diferencia entre *intertextualidad activa* e *intertextualidad pasiva*. La primera se entiende como la activación del conocimiento y sistemas de creencias más allá del texto mismo. La segunda se refiere a la coherencia interna del texto y sirve para establecer continuidad de sentido (por ejemplo, mediante la reiteración, la paráfrasis, la sinonimia, etc.). Estos investigadores distinguen al menos cuatro tipos de relaciones intertextuales:

1) relaciones de una parte con otras partes del mismo texto; 2) relaciones manifiestas entre textos, como enunciados realizados en dos ocasiones diferentes; 3) relaciones intertextuales sutiles entre textos y otros textos del mismo tipo que tengan idéntica temática; y 4) relaciones de un texto con muchos otros textos que se refieren a la misma temática.

Estos analistas plantean que una teoría de la intertextualidad se deberá formular en dos direcciones diferentes. Una primera dirección subrayaría la importancia del texto previo y la segunda se centraría en la intención comunicativa como una precondition para la inteligibilidad de los textos. La intertextualidad parecería indicar que el estatus de un texto previo puede ser determinado sólo en términos de su contribución al código del texto que se está leyendo o analizando. La segunda orientación intentaría, a su vez, superar las limitaciones del concepto de fuente y del concepto de influencia en lo relativo al ámbito de la intertextualidad.

La intertextualidad activa implicaría la identificación de un texto como un signo. Los



signos no siempre son instancias puras; otras funciones retóricas pueden estar presentes, lo que daría por resultado un formato híbrido. En otras palabras, una dimensión semiótica de la intertextualidad reforzaría aspectos sociales presentes en un texto.

Bloome y Egan-Robertson (1993) sostienen que la intertextualidad es la yuxtaposición de diferentes textos y revisan el concepto desde tres perspectivas: los *estudios literarios*, donde se considera a la intertextualidad como un atributo del texto literario mismo, reflejando en distintos grados de explicitación otros textos literarios. Una *perspectiva semi-*

ótico-social, que supone a la intertextualidad como un potencial para construir significado que, a su vez, tiene funciones interpersonales, ideacionales y textuales. La intertextualidad no se limitaría a referencias explícitas o implícitas a otros textos, puesto que puede ocurrir en distintos niveles —palabras, estructura de textos, registros, géneros y contextos— y de distintas maneras —mezcla de registros, contenidos, géneros y situaciones—; los *estudios del aprendizaje de la lectura y la escritura*, aunque son escasos, centran la intertextualidad en el estudiante como lector y escritor dentro de una postura cognitivo-lingüística, ya que al comprender un texto los estudiantes aplican sus experiencias como lectores de otros textos y, a su vez, como escritores emplean sus lecturas previas y sus experiencias de escritura.

Una línea significativa en el ámbito de la intertextualidad es aquella propiciada por Fairclough (1995), quien propone el concepto de interdiscursividad para referirse a la intertextualidad. Este concepto se deriva de los análisis realizados por los analistas franceses Pecheux (1982) y Maingueneau (1987), y también está estrechamente ligado al concepto de

intertextualidad en los términos planteados por Kristeva. El concepto de interdiscursividad enfatiza la heterogeneidad de los textos al señalar que están constituidos por combinaciones de diversos géneros y discursos.

El mismo Fairclough identifica una *intertextualidad manifiesta* y una *intertextualidad constitutiva*, y a esta última la denomina *interdiscursividad*. En la manifiesta se encuentran textos dentro de un texto en forma evidente. En cambio, la interdiscursividad amplía la intertextualidad en la dirección del



principio de primacía del orden del discurso, el cual está constituido por convenciones sobre géneros, discursos, estilos y tipos de actividades. La intertextualidad constitutiva privilegia los órdenes del discurso por sobre los tipos particulares de discurso y se aplica en varios niveles: el nivel social, el nivel ins-titucional y el nivel relativo al tipo de discurso. Por un lado tenemos la configuración heterogénea de los textos por otros textos específicos o intertextualidad manifiesta y, por otro, la configuración heterogénea de los textos por los elementos —tipos de convención— de los órdenes del discurso: intertextualidad constitutiva o interdiscursividad.

Por otra parte, Fairclough hace una distinción más profunda al establecer a) una intertextualidad *secuencial*, en la que alternan diferentes textos o discursos dentro de un texto; b) una intertextualidad *incrustada*, donde un texto o tipo de discurso está claramente contenido dentro de la matriz de otro; y, por último, c) una intertextualidad *mixta*, donde textos o tipos de discurso se fusionan de una manera más compleja o menos fácil de separar.

La intertextualidad manifiesta es un área gris entre práctica discursiva y texto, plantea preguntas acerca de lo que sucede en la producción de un texto, pero también está relacionada con los rasgos que se manifiestan en la superficie del texto.

Bex (1996) identifica una *información intertextual* en el sentido en que se relaciona en forma específica con una expresión lingüística y, por extensión, con un texto previo —y, en definitiva, a un cuerpo de textos previos—. La importancia de considerar este tipo de información deriva de que contribuye a contextualizar las expresiones dentro de una historia del uso del lenguaje, haciendo referencia indirecta a voces anteriores que han contribuido al mismo discurso o a discursos similares.

Hatim y Mason (1990) siguen sosteniendo que la intertextualidad es una precondition para la inteligibilidad de los textos, lo que implica la dependencia de un texto como una entidad semiótica de otro texto previo. Sin embargo, la referencia intertextual, en vez de evocar una imagen puede excluirla, parodiarla o significar su exacto opuesto. Esto se puede ilustrar, por ejemplo, a partir de las tácticas de los oradores políticos o los abogados litigantes que suelen usar la terminología de sus oponentes para sus propios fines.

Los mismos autores plantean que, de manera global, la intertextualidad puede considerarse como el mecanismo que regula la manera en que hacemos cosas con los textos, géneros y discursos. A escala local, la intertextualidad pre-

senta una variedad de conceptos y valores que tipifican las maneras en que una comunidad dada usa textos particulares, géneros y discursos o representa lo sociocultural. La primera correspondería a la *intertextualidad horizontal* de Bajtin o a la *intertextualidad manifiesta* de Fairclough. De la misma manera, la intertextualidad que implica lo sociotextual se acercaría a la *intertextualidad vertical* del primer autor y a la *intertextualidad constitutiva* del segundo.

Fairclough y Wodak (1998) coinciden en que el concepto de intertextualidad está siempre conectado a otros discursos que se produjeron antes, como también a aquellos que se produjeron sincrónica o posteriormente. En este sentido, el concepto de intertextualidad adquiere características socioculturales y contextuales.



Por último, Linell (1998) complementa el concepto de interdiscursividad al incorporar la noción de *recontextualización*, entendidas ambas operaciones, según el caso, ya sea como expresiones reales, significados expresados en forma explícita, o bien como algo que está sólo implícito o implicado en el texto o género original. La recontextualización puede estar más menos circunscrita o ser más o menos concreta, o bien puede involucrar actitudes generales, modos de pensar o argumentar, modos de exponer o entender patrones discursivos. Una de las maneras para estudiar las recontextualizaciones es a partir de pares de situaciones comunicativas o textos (o series de ellos), en los cuales el mismo contenido se reconstruye y se reformula en forma recurrente. Otro mé-

todo para analizar este fenómeno lo constituye la identificación de la mezcla de múltiples voces al interior de un mismo texto.

Debe tenerse en cuenta “la falta de consenso general en cuanto a la terminología. Es frecuente encontrarse con que los autores no atribuyen el mismo valor a los términos que utilizan, lo cual es un indicio de que los instrumentos teóricos para el estudio de lo intertextual están aún en vías de perfeccionamiento” (Gutiérrez Estupiñán, 1994).

Isotopía

A continuación pondré a prueba, entre los textos mencionados, la teoría propuesta por Francois Rastier (2005), en cuanto a que las isotopías se identifican por la recurrencia de ciertos y determinados rasgos, lo cual ofrece ciertas y determinadas similitudes y asociaciones con el concepto de intertextualidad.

La isotopía es lo que puede determinar cada línea temática o línea de significación que se desenvuelve dentro del mismo desarrollo del discurso, lo cual permitiría extender dicho concepto al de intertextualidad, emparentado con el de cohesión textual y con el de coherencia textual. Es también

la recurrencia o iteratividad de unidades lingüísticas, manifestadas o no, que pertenecen ya sea al plano de la expresión o bien al plano del contenido.

Dice Rastier que una isotopía está instituida, fundamentalmente, por una serie de relaciones de identidad entre semas,² y que tales relaciones inducen relaciones de equivalencia entre sememas. Ello permite poner en evidencia las operaciones de transformación entre los sememas de un texto y los sememas de otro texto, o sea efectuar operaciones interpretativas que proceden de estrategias complejas.

Los semas contextuales en un texto dado son los que definen a la isotopía, misma que garantiza su homogeneidad. Así, una secuencia discursiva es isótopa si tiene uno o

² Para Portier, un sema es un rasgo semántico pertinente, o sea la unidad mínima de significación; es un rasgo distintivo de un semema, y un semema es el conjunto de los semas o los rasgos semánticos pertinentes, que suelen realizarse en un lexema (y a veces en un morfema o en un paralexema o palabra compuesta) considerado en un contexto y una situación de comunicación. Para Greimas, en cambio, el sema es un elemento no autónomo; es decir, no una unidad, cuyo carácter mínimo es relativo porque se trata de una unidad construida, aprehensible sólo en el interior de la estructura elemental de significación, o sea un punto de intersección de relaciones significantes. Greimas considera que toda significación discursiva implica connotación y que el discurso es un proceso durante el cual se construye la significación a partir de los semas.

EL SAPO Y LA CULEBRA

Rutilio Jiménez Andrés (Santa María Nativitas, 87 años)

Y otra historia es la del agua. El agua se hubiera quedado por aquí, por este rumbo. Pero quién sabe cómo fue el motivo que entre la culebra y el sapo se pelearan; y ya la culebra a fuerza quería que el agua se quedara aquí, pero por fin el sapo no quería. Y entonces se enojó la culebra y que se lo traga al sapo. Y se fue el sapo dentro de la panza de la culebra; y como se infló, ése fue el motivo [por el cual] que reventó, dicen. Se reventó la culebra. Y de ahí, la culebra se murió y el sapo salió vivo y por eso el sapo siguió huyendo. Sí. Por eso se llevó el agua para Tamazulapan.

Antonio Santiago Rivera (Santiago Teotongo, 83 años)

Pues una vez jugaron a una pareja, entre el sapo y la culebra. Pues quiso, porque fue a aparecer en un nacimiento de agua, nombrado el pueblo de Apoala. Pero como era un compromiso para que esa agua se extendiera por toda esta región de la Mixteca, y esa agua es mucha. Entonces una vez hicieron una apuesta, que jugaron dos brujos, dos brujos que hicieron una apuesta; y un

CÓDICE VINDOBONENSIS

Vulgar opinión fue entre los naturales mixtecos, que el origen y principios de sus falsos dioses y señores había sido en Apuala, pueblo desta Mixteca, que en su lengua llaman Yuta tnoho, que es Río, donde salieron los señores porque decía haber sido desgajados de unos árboles que salían de aquel río, los cuales tenían particulares nombres, llaman también a aquel pueblo, Yuta tnuhu, que es río de los linajes, y es el más propio nombre, y el que más le quadra...

En especial era tradición antigua, que los dichos señores que salieron de Apuala. se habían hecho cuatro partes, y se dividieron de tal suerte que se apoderaron de toda la Mixteca...

De estos señores decían que habían traído las leyes a toda esta tierra dicha, por donde se regiesen y gobernasen los naturales mixtécos que habitan en esta tierra antes y la poseían y tenían por suya, que entre los de más dislates y desatinos de su gentilidad era uno, que creían que antes que los dichos señores conquistasen esta tierra habían en ella unos pueblos y a los moradores de ellos llamaban taynuhu, L. ñanuhu, tai nisino, L. tai nisaf nuhu y éstos decían haber salido de el centro de la tierra que llaman anuhu, sin descendencia de los señores de Apuala, sino que habían parecido sobre la tierra y apoderán-

varios clasemas³ recurrentes. La isotopía es un conjunto redundante de categorías semánticas que “permite quitar a un enunciado su ambigüedad”, según Courtés (1980: 48). La combinación de semas nucleares y clasemas cede el paso de un nivel a otro superior; del inmanente (nivel profundo) a la manifestación textual (nivel de superficie). Sus unidades son el semema, que en lenguaje común es la acepción o sentido, mientras que el metasemema es producto de la combinación de sememas contextuales.

En *Semántica estructural*, Greimas define a la isotopía como “la permanencia de una base clasemática jerarquizada [la cual] permite, gracias a la apertura de los paradigmas que son las categorías clasemáticas, las variaciones que, en lugar de destruir la isotopía, no hacen sino confirmarla”.

Rastier, después de examinar las definiciones proporcionadas por Greimas, propone una nueva definición: “Se llama isotopía toda iteración de una unidad lingüística. La isotopía elemental comprende, pues, dos unidades de la manifestación. Dicho esto, el número de unidades constitutivas de una isotopía es teóricamente ilimitado” (Rastier, 1984: 69).

³ El clasema es el subconjunto de los semas genéricos, o sea, el plano denotativo del semema.

Para Catherine Kerbrat-Orecchioni, la noción de isotopía se ve como un concepto nuclear en la lingüística textual y (después de examinar las definiciones de Greimas que aparecen en *Du sens II*—conjunto redundante de categorías semánticas que hacen posible la lectura uniforme del relato—, y la de Rastier—para quien la isotopía está constituida por la redundancia de unidades lingüísticas, manifiestas o no, del plano de la expresión o del plano del contenido—), la define como “secuencia discursiva provista de una cierta coherencia sintagmática gracias a la recurrencia de unidades de la expresión y/o del contenido” (*ibidem*, 109-147).

Por tanto, hay una serie de diferentes clases de isotopías relacionadas con los dos planos, y que es posible enunciar como las siguientes: 1) fonética, 2) semántica, 3) prosódica, 4) estilística, 5) enunciativa o de cuestiones relacionadas con el discurso referido, uso de expresiones metalingüísticas, cambios de perspectiva, etc.; 6) retórica o recurrencia de los mismos procedimientos retóricos o topoi; 7) presuposicional o conservación de los presupuestos del discurso que confiere homogeneidad; 8) sintáctica o de la concordancia como marcas isotópicas, y 9) narrativa o repetición del mismo esquema narrativo (Gimate-Welsh, 2005: 176-177).

brujo se volvió culebra y el otro brujo se volvió sapo. Y, a ver, los dos se fueron allá donde apareció ese manantial. Entonces, tanta muina que tenían y que se agarran a golpes, ¿no? Pero entonces, ganó la culebra a tragar el sapo. Y entonces, la culebra, como era un encanto, eso era para Tamazulapan. Y ya se fue para Tamazulapan. Se llama rhuxhu, rtiuxhu es el sapo y Duxho es el nombre del pueblo. Pues, ganó la culebra, se lo tragó. Entonces la culebra, como era un brujo de Coixtlahuaca, el brujo de Coixtlahuaca quiso volverse culebra y se atrevió a tragar al sapo. El sapo, ya estando dentro de la panza de la culebra, pues ahí se esponjó, se esponjó, tomó mucho aire el sapo, pues se reventó la panza de la culebra. Ya reventó la panza de la culebra, y así el agua no se quedó en Coixtlahuaca, Ki ngi nchie [Llano de culebras]. No ganó la culebra. Se murió la culebra y el sapo se salió de la panza de la culebra. Entonces esa agua vino para acá, que le nombramos nosotros el Ojo de Agua, del pueblo de Tamazulapan, En los tiempos antespasados. Y los pueblos cercanos que estaban por donde esa agua brotó, se retiraron, se fueron lo más lejos, como nosotros, se fundó el pueblo, se vino hasta acá, otro pueblo que está más allá, por allá por el cerro, se llama Acullá, se corrió lejos del agua. Así fue la historia.

dose de ella, y que éstos eran los meros y verdaderos mixtéeos y señores de la lengua que agorase habla.

De los señores que vinieron de Apuala decían haber sido yya sandizo sana!, yya nisainsidzo huidzo sahu, los señores que traxeros los mandamientos y leyes a la tierra...

La lengua de Tilantongo es la misma que la de Tepuzculula, con muy pocas diferencias y según sus antiguallas en la división de los señores que salieron de Apuala, como se dijo al principio, cupo en suerte al uno dellos el pueblo de Tilantongo, y fueron muy celebrados los señores de aquel pueblo, y lo son oy día y muy estimados entre los naturales mixtéeos, y de allí vino un señor deste linaje afamado a Tepuzculula, y pobló en él con gente de TMantongo prevaleciendo a los naturales que decían haber salido del centro, los cuales vinieron a ser una misma cosa, no solamente en Tepuzculula, donde hasta hoy hay barrios señalados, de los que vinieron de Tilantongo. Pero la lengua de ambos pueblos ha sido siempre una —y Burgoa dice que el origen de estos señores eran dos árboles altísimos a las márgenes del Río de Apoala.

Conclusión provisional

Los objetos socioculturales son entidades históricamente constituidas y convencionalmente aceptadas, que poseen y expresan aspectos sobresalientes de la vida en una comunidad lingüística dada, y que a menudo reflejan sus creencias más comunes. Las prácticas sociotextuales, en cambio, son conjuntos de convenciones retóricas que rigen los géneros y discursos. Por su parte, los textos obligan a los usuarios del lenguaje a centrarse en un propósito retórico determinado. Los géneros reflejan la manera en que las expresiones lingüísticas sirven en forma convencional para una ocasión social particular. Los discursos comprenden la forma en que las actitudes se expresan, y donde el lenguaje llega a ser, por convención, el vocero de las instituciones sociales.

Una vez delimitados los conceptos de intertextualidad y de isotopía, se procederá a establecer los rasgos propios de cada uno de los textos objeto del presente trabajo, con el fin de generar categorías específicas para su análisis y establecer la recíproca complementariedad y convergencia entre ambas nociones.

Asimismo, me propongo adoptar el criterio enunciado por Lévi-Strauss (1968:197), quien no busca encontrar la versión "auténtica" o "primitiva" de un mito, esa postulada matriz cuya condición de inasible siempre ha sido un obstáculo para el avance de los estudios mitológicos. Así, intentaré definir cada mito por el conjunto de sus versiones, partiendo de la premisa de que no existe una "versión verdadera" —de la cual las otras serían solamente copias, réplicas o ecos deformados—, sino que todas las versiones, en su conjunto, configuran y pertenecen al mito.

Bibliografía

- Bajtín, Mijail, *Genres and Other Late Essays*, ed. de C. Emerson y M. Holquist, Austin, University of Texas Press, 1986.
- Barthes, Roland, *S/Z*, París, Seuil, 1970.
- _____, "Textual Analysis of a Tale of Poe", en M. Blonsky (ed.), *On Signs*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1989.
- Bex, T., *Variety in Written English. Texts in Society: Societies in Texts*, Londres, Routledge, 1996.
- Bloome, D. y A. Egan-Robertson, *The Social Construction of Intertextuality in Classroom Reading and Writing Lessons*, Newark, International Reading Association, 1993.
- Courtés, J. *Semiótica narrativa y discursiva*, Buenos Aires, Hachette, 1980.
- De Beaugrande, R. y W. Dressler, *Introduction to Textlinguistics*, Londres, Longman, 1981.
- Fairclough, N., *Critical Discourse Analysis: The Critical Study of Language*, Londres, Longman, 1995.
- Fairclough, N. y R. Wodak, "Critical Discourse Analysis", en T.A. van Dijk (ed.), *Discourse as Social Interaction*, Londres, Sage, 1998.
- Filinich, María Isabel, "El engaste del tiempo", en Luisa Ruiz Moreno y María Luisa Solís Zepeda (eds.), *Encajes discursivos. Estudios semióticos*, Puebla, SeS-BUAP, 2008, pp. 59-79.
- Floch, Jean-Marie, "Fuera del texto no hay salvación. El enfoque semiótico", en *Semiótica, marketing y comunicación. Bajo los signos, las estrategias*, Barcelona, Paidós, 1993.
- Genette, Gérard, *Palimpsestes. La littérature au second degré*, París, Seuil, 1982.
- _____, *Figures III*, París, Seuil, 1972.
- Gimate-Welsh, Adrián, *Del signo al discurso*, México, UAM-I, 2005, pp. 176-177.
- González Montiel, Óscar, "En compañía de los dioses, antropología política: shamanismo mazateco en Oaxaca, México", tesis de licenciatura en Antropología Social, México, UAM-I, 1991.
- Greimas, A.J., *La enunciación, una postura epistemológica*, Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAP, 1996.
- _____, "Pour une théorie de l'interprétation du récit mythique", en *Du sens II*, París, Seuil, 1983, pp. 185-230.
- Grosser Lerner, Eva, "Análisis semiótico-narrativo de El Sapo y La Culebra", en *Anales*, vol. 41-1, 2007, pp. 205-237.
- Gutiérrez Estupiñán, Raquel, "Intertextualidad: teoría, desarrollos, funcionamiento", en *Signa*, núm. 3, 1994, pp. 43-57.
- Hatim, B., e I. Mason, *Discourse and the Translator*, Londres, Longman, 1990.
- Kristeva, Julia "Bajtín, la palabra, el diálogo y la novela", en D. Navarro (ed.), *Intertextualité. Francia en el origen de un término y el desarrollo de un concepto*, La Habana, UNEAC/ Casa de las Américas/ Embajada de Francia en Cuba (Criterios), 1997.
- Lemke, J. L., *Translating Poetry: Seven Strategies and a Blueprint*, Assen, Van Gorcum, 1985.
- Lévi-Strauss, C., *Antropología estructural*, Buenos Aires, Eudeba, 1968.
- Linell, P., "Discourse across Boundaries: On Recontextualizations and the Blending of Volees in Professional Discourse", en *Text 18*, núm. 2, 1998, pp. 143-157.
- Maingueneau, D., *Nouvelles Tendances en Analyse du Discours*, París, Hachette, 1987.
- Navarro, Desiderio, "Intertextualité. 30 años después", en D. Navarro (ed.), *Intertextualité. Francia en el origen de un término y el desarrollo de un concepto*, La Habana, UNEAC/ Casa de las Américas/ Embajada de Francia en Cuba (Criterios), [http://www.criterios.es/pdf/intertextualite30.pdf], 26 de mayo de 2009.
- Pecheux, M., *Lenguaje, Semantics and Ideology: Stating the Obvious*, Londres y Basingstoke, Macmillan, 1982.
- Rastier, François, *Semántica interpretativa*, México, Siglo XXI, 2005.
- _____, "El desarrollo del concepto de isotopía", en *Semiosis*, núm. 12-13, enero-diciembre 1984.